

Estados Unidos: proceso electoral 2006

Alejandro Becerra Gelóver*

Las elecciones intermedias en Estados Unidos dieron un nuevo perfil al panorama político de la hiperpotencia. Los comicios fueron un referéndum que reprobó a la administración del presidente Bush por la aplicación de estrategias y políticas erróneas en diversas áreas del quehacer gubernamental, entre ellas la política exterior, en donde el rechazo a la intervención en Irak tuvo un peso central. Los electores también rechazaron la comparsa política del Congreso Republicano quien durante los seis años de la gestión presidencial apareció siempre como un actor tibio e incapaz de llamar al ejecutivo a rendir cuentas de sus actos ante la sociedad norteamericana. En las tres elecciones que se disputaron, la totalidad de la Cámara Baja, la tercera parte del Senado y 36 gubernaturas, los resultados obtenidos concuerdan con las expectativas previstas. En todos los comicios, los ganadores fueron los demócratas y, en contraste, el gran perdedor no fue el partido Republicano, sino el presidente Bush.

El siete de noviembre del año pasado, tuvieron lugar en Estados Unidos las llamadas elecciones intermedias durante el segundo mandato del presidente Bush para renovar a los 438 integrantes de la Casa de Representantes, a 33 miembros del Senado y a 36 de las 50 gubernaturas que conforman la Unión Americana. Como se

había previsto en los meses previos a la elección, los demócratas tenían amplias posibilidades de arrebatarse el control de por lo menos una de las dos cámaras a los republicanos, lo que sería clave para incidir sobre el curso de los dos últimos años del mandato presidencial, afectando inevitablemente el proyecto del ejecutivo en la lucha contra el terrorismo internacional y la sucesión presidencial de 2008.

Con los resultados electorales antagónicos al presidente, en los dos últimos años del gobierno de George Bush los demócratas van a impulsar un cambio de matiz en la política exterior del presidente, aunque no de

fondo, y es muy probable que lleguen a la contienda presidencial del 2008 con una sólida plataforma política, una imagen social fresca y una base electoral mucho más consolidada que su contraparte, lo que les permitiría recuperar el poder después de ocho años de administración republicana.

Con base en lo anterior, se cree conveniente desarrollar algunas reflexiones sobre las causas y consecuencias que permitieron al partido demócrata lograr el control de ambas cámaras del Congreso norteamericano, así como alzarse con la titularidad de la mayoría de las gubernaturas estatales. Para estos efectos, el trabajo que se

* Profesor, Departamento de Relaciones Internacionales, UNAM-FES Aragón.

Para el desarrollo del trabajo se utilizó información estadística derivada de diversas encuestas de opinión generadas por el periódico *Washington Post* y la cadena televisiva norteamericana *American Broadcasting Corporation*. Las fechas de su aparición se citan a lo largo del trabajo.

presenta está organizado en cinco partes. En la primera se aborda el proceso de deterioro de la popularidad y legitimidad del presidente Bush luego de su decisión de intervenir en Irak, a fin de dimensionar el efecto que dicha decisión tuvo en la opinión pública del electorado norteamericano. En el segundo segmento se hace referencia al fracaso del presidente Bush en su lucha contra el terrorismo internacional como un factor clave en la debacle electoral de noviembre. El tercer apartado presenta el contexto interno y externo que prevalecía en Estados Unidos previamente a los comicios de noviembre con el propósito de ubicar las condiciones que se venían gestando de cara a las elecciones. En el siguiente apartado se señalan algunas de las razones que sostiene el regreso de los demócratas en el control del congreso. Una quinta parte presenta los resultados electorales y posteriormente se da paso a las conclusiones finales.

La progresiva pérdida de legitimidad del presidente Bush

George Walker Bush inicio su mandato el 20 de enero de 2001 con niveles de aceptación del 55%, cifra que lo colocaba como un presidente que comenzaba sus gestiones con una aceptación social por arriba de la media nacional, para luego alcanzar los índices más altos en su mandato hacia los momentos en que Estados Unidos comenzó su intervención en Afganistán el 7 de julio de 2001 y en Irak el 20 de marzo de 2003 llegando a los 90 y 70 puntos de aceptación respectivamente. La intervención en Afganistán no pareció provocar una impresión negativa del presidente en la sociedad estadounidense, situación que ocurrió de manera contraria ya avanzada su cruzada militar en Irak.

En tal sentido, luego de tres años de intervención (20/03/03) y del establecimiento de un gobierno “democrático” en Irak, la popularidad del Ejecutivo comenzó a desgastarse de manera progresiva y para los meses previos a los comicios de 2006 mostraba ya niveles nunca antes vistos en su mandato. Entre las razones del desencanto con el presidente se encontraban el hecho de que los argumentos que él mismo había esgrimido para justificar la intervención militar norteamericana en Irak nunca fueron comprobados, tales fueron los casos de la producción de armas de destrucción masiva en ese país islámico o la vinculación probada entre el gobierno de Saddam Hussein y Al Qaeda. Asimismo, la percepción del uso indebido o ineficiente de los servicios de inteligencia para sustentar una invasión sin argumentos sólidos, el excesivo costo de

la intervención, las pérdidas humanas norteamericanas y la inestabilidad política en el país, también giraron en contra de la reputación del presidente.

En este contexto, de acuerdo con una serie de encuestas que el periódico *Washington Post* y la cadena televisora ABC vienen realizando sobre el desempeño del presidente desde los inicios de sus actividades, se puede apreciar el deterioro progresivo de la popularidad del inquilino de la Casa Blanca. En la encuesta número 88 que tuvo como referencia el quinto año de gobierno y que apareció publicada el 15 de mayo de 2006, el jefe de la rama ejecutiva había ya alcanzado los niveles más bajos en su mandato ubicando su popularidad en el 33%. Incluso para algunas firmas encuestadoras como *Harris* o *The Wall Street Journal*, consideraban que la popularidad del mandatario había caído a niveles históricos para ubicarse en el orden de 29 puntos, como fue publicado el 12 de mayo de 2006. Estos niveles de aceptación popular se mantuvieron constantes hasta el día de las elecciones.

Desde otra perspectiva, el nivel de rechazo social hacia George Bush se ubicaba entre el 67 y el 71% dependiendo la encuesta que se tomara como referencia. El rechazo contra el presidente representó gran importancia histórica y nacional pues se ubicó como el segundo más alto que un presidente hubiese obtenido en los últimos cincuenta y cinco años, solo comparable con el caso de James Carter en 1979 y por debajo de Harry S. Truman que en la primavera de 1951 registro el máximo histórico con 76 puntos después de que retirase al general McArthur del mando de las fuerzas militares de Estados Unidos en Corea. En el mes de mayo, la interpretación fría de los resultados consignados en las encuestas indicaba que luego de seis años de la gestión del presidente Bush, por lo menos dos terceras partes de los estadounidenses estaban insatisfechos y reprobaban la forma en que el presidente venía gobernando al país.

En gran medida, el desencanto social con el presidente sigue estando asociado con la conducción de la intervención en Irak y, en general, con el manejo de la política exterior, particularmente con la guerra contra el terrorismo internacional. Tal descontento se veía reflejado claramente en las encuestas al mostrar que solamente un 33% de la población aprobaba su gestión. Sin embargo, otros referentes importantes de su desempeño tanto de política interior como exterior estaban considerados en los estudios de opinión. Por ejemplo, en la misma encuesta se consignaba que el 69% de la población consideraba que el país iba por un rumbo equivocado; solo el 38%

creía que la invasión había sido una causa que valía la pena; el 52% de los norteamericanos pensaba que la guerra en Irak no había contribuido a la seguridad de Estados Unidos; el descontento social también se hacía extensivo al partido Republicano y a sus legisladores que eran vistos por 64% de la población como políticos poco efectivos para responder a los problemas nacionales como la salud, educación, economía, impuestos, migración, la situación en Irak, la guerra contra el terrorismo, y la política migratoria, en contraste con los demócratas; el 56% del electorado señalaba que votaría en las elecciones de noviembre por candidatos del partido Demócrata para las dos cámaras en el Congreso; sólo el 51% de la población aprobaba la forma en que el presidente estaba protegiendo los derechos de privacidad de los ciudadanos; el 38% de los estadounidenses aceptaba la conducción de la economía; el 42% aprobaban el manejo de la política impositiva; el 20% de los ciudadanos aceptaba la situación de los precios de la gasolina y el 27% aprobaba el déficit del presupuesto federal. En materia de asuntos migratorios, el 34% de la población los aceptaba. Sin duda, el rechazo a la guerra en Irak era el factor más importante para definir el nivel de aceptación social del presidente Bush, que incluso a la muerte de Abu Musab al Zarqawi, uno de los líderes rebeldes, una encuesta de *AP-Ipsos* publicada en agosto de 2006 reveló que el 59% de la población opinaba que la guerra en ese país había sido un franco error.

Para el mes de octubre, la imagen del ejecutivo se mantenía igual y no se recuperó en el momento de la jornada electoral como dio cuenta de ello una de las últimas encuestas del periódico *The Washington Post* publicada el 22 de ese mes. La encuesta constataba que el presidente Bush llegaba a los comicios de medio término con bajos niveles de popularidad que se situaban en el 37% de la aceptación social. Bush llegaba también con una amplia desaprobación en torno a la guerra en Irak con 57 puntos de rechazo; con una notoria desaprobación a su gestión que se colocaba en 66 puntos; y con una alta percepción social, del 77%, de que existía una imagen muy deteriorada de Estados Unidos en el ámbito exterior. Asimismo, en el plano de las percepciones sobre temas claves para la administración republicana, la población pensaba que los demócratas podrían manejar los problemas nacionales de mejor manera que su contraparte republicana. En tal sentido, por ejemplo, en el manejo de la intervención en Irak, los demócratas ganaba por 48-40 de las opiniones; en la Guerra contra el Terrorismo, 44-43; en el manejo de la economía, 50-41; y sobre el manejo del conflicto con Corea del Norte, los demócratas

adelantaban a su contraparte 47 a 40 puntos. La misma encuesta señalaba un punto a favor del presidente Bush en el que el 56% de la población opinaba que el desempeño económico en su gestión había sido excelente y que era positivo que la política migratoria fuera más rígida.

La encuesta citada comprendía un apartado sobre la posibilidad de que el rectorado realizara un cambio a un Congreso ahora de mayoría demócrata, en donde los resultados señalaban que los estadounidenses daban por sentado que los demócratas eran más éticos en su desempeño en el gobierno que los republicanos en una proporción de 48 sobre 35. De ahí que el estudio también indicara que un 54% del electorado votaría por representantes demócratas en los comicios y solo un 41% lo haría por los republicanos. Un dato adicional indicaba que la población criticaba el desempeño de un congreso republicano en una proporción de 65 puntos y las razones que aducían eran que los legisladores cubrían la gestión del presidente y no los llamaban a rendir cuentas en forma fehaciente. De la misma manera, la ciudadanía opinaba que el cambio a un congreso demócrata sería positivo para el país en una proporción de 47 contra 23. En ambos casos, las percepciones sociales demostraban claramente que existía un desencanto político con el partido republicano, lo que en primer término incluía los seis años de gestión en la administración del presidente George Bush y, en segundo, el desempeño propio de los legisladores en ambas cámaras.

En este escenario, el presidente Bush llegaba a los comicios con una pérdida de legitimidad muy alta que impactaba también a sectores claves de la sociedad política norteamericana con un peso significativo en el proceso de toma de decisiones como en los casos de los grupos conservadores republicanos y los hispanos que lo apoyaron en los comicios del 2004. En esta tesitura, la propuesta de enviar a la Guardia Nacional a la frontera con México y el proceso de legalización de extranjeros indocumentados, fueron criticadas por ambos grupos. Dentro de los demócratas, el presidente tampoco encontró aceptación y en el caso de los militares su apoyo disminuyó por el retardo en la expansión del gasto bélico.

Las encuestas consultadas en el *Washington Post* y que dan cuenta progresivamente del desempeño de la administración Bush tan sólo mostraron que gradualmente el presidente fue perdiendo el liderazgo y aceptación política y que su respaldo interno y externo se fue fragmentado considerablemente. En el mejor de los casos la opinión pública consideraba que el poder presidencial al momento de las elecciones se encontraba debilitado.

El fracaso en la lucha contra el terrorismo

En lo que respecta a la actuación del ejecutivo en su cruzada contra el terrorismo internacional, la evaluación negativa fue contundente. No solo para la opinión pública en general, sino para los llamados “públicos atentos” u “opinión pública especializada”. En este tenor, una encuesta realizada por *The Center for American Progress* y la revista *Foreign Policy* entre el 8 de marzo y el 21 de abril de 2006 entre expertos en seguridad nacional que opinaban sobre la guerra en contra del terrorismo, daba cuenta de que pese al gasto militar, tecnológico y humano que realizaba el gobierno de Estados Unidos desde 2001, uno de los consensos más sobresalientes entre el 84% de los expertos era que esta nación estaba perdiendo la guerra contra el terrorismo.

La encuesta comprendió la participación de 116 expertos en política exterior y seguridad nacional de Estados Unidos, ninguno de ellos relacionado con la administración Bush, con diversas formaciones y trayectorias profesionales e ideológicas, que incluyó ex secretarios de Estado, asesores en seguridad nacional, y ex directores de la CIA, académicos y generales retirados del ejército, todos en una proporción equilibrada entre liberales (45), moderados (40) y conservadores (31). Los resultados y los consensos obtenidos de la encuesta de 31 reactivos se consideraron sorprendentes y dieron cuenta de la forma en que los expertos percibían el progreso de su país en torno a la Guerra contra el Terrorismo.

Los participantes criticaron en forma aguda el desempeño de Estados Unidos en distintas áreas claves de la seguridad nacional, incluyendo la estrategia diplomática, el sistema de inteligencia y la seguridad interior. En el estudio, casi todas las dependencias responsables de la Guerra contra el Terrorismo como el Departamento de Estado, el Departamento de Seguridad Interior y la Agencia Central de Inteligencia, recibieron bajas calificaciones. Los expertos también señalaron que las reformas recientes en el aparato de seguridad nacional habían tenido un efecto limitado para lograr que Estados Unidos fuera un lugar más seguro. La mayoría de los participantes también concordaron que las recientes reformas a la comunidad de inteligencia, como la creación de la Oficina del Director de Inteligencia Nacional, no habían tenido un impacto positivo en la Guerra contra el Terrorismo.

De manera más específica el estudio señalaba que la opinión de los expertos era crítica para la mayoría de las

iniciativas legales e institucionales realizadas tanto por el Congreso como por el Ejecutivo desde el 11 de septiembre de 2001. En tal sentido, 81% de los expertos aseguró que las detenciones de sospechosos terroristas en Guantánamo, afectaban negativamente la Guerra contra el Terrorismo. Los expertos también desaprobaron la forma en que el gobierno estaba manejando su relación con los aliados europeos, la forma en que ha estado confrontando la amenaza de los regimenes en Corea del Norte e Irán, la estrategia para controlar la expansión de las armas de destrucción masiva (ADM), así como también el trato a los llamados Estados Fallidos. Una de las críticas más severas se relacionó con la insistencia del gobierno de reemplazar al comunismo por el fundamentalismo islámico como el enemigo amenazante y como la causa central de la política exterior.

En forma aún más detallada, de acuerdo con el estudio en cuestión, la mayoría de los expertos (86%) consideraban que hoy el mundo es más peligroso para Estados Unidos que en 2001. En la misma proporción existía el consenso de que los norteamericanos hoy vivían con mayor inseguridad; y sólo un 15% opinaba que el establecimiento de gobiernos democráticos en el mundo Musulmán era un elemento clave para ganar la Guerra contra el Terrorismo. Asimismo, sobre la efectividad de las agencias gubernamentales para combatir el terrorismo, el resultado era notoriamente insatisfactorio, pues en una escala del 0 al 10, los expertos le otorgaron 5.2 a la Agencia Nacional de Seguridad (NSA); 4.8 al Departamento de Estado; 4.6 a la Oficina de Ayuda de Estados Unidos (USAID); 4.4 tanto a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) como al Departamento de Defensa; 3.9 al Director de Inteligencia Nacional; 3.5 al Consejo de Seguridad Nacional y sólo un 2.9 al Departamento de Seguridad Interior (DHS). La valoración general es que el gobierno no está haciendo las cosas correctas para ganar la guerra contra el terrorismo. Sobre algunas de las amenazas individuales para la seguridad de Estados Unidos, los expertos consideraron en un primer momento a las armas nucleares (26%); las armas de destrucción masiva (21%); el islamismo, Al Qaeda y los Jihadistas (17%); la Guerra contra el Terrorismo (15%), las fallas de inteligencia de la administración de Bush (14%), a la guerra en Irak junto con los problemas en oriente medio sólo les dieron una prioridad de 9%; y al conflicto en Irán le otorgaron un 4% de importancia.

Otros hallazgos sobresalientes señalaron que más de ocho de cada 10 estadounidenses creían que Estados Unidos enfrentaría un ataque terrorista similar al del 11 de

septiembre de 2001 en los próximos 10 años. Un poco más de la mitad señalaba que la efervescencia Islámica y la guerra en Irak eran las principales razones de que el mundo se volviera más peligroso. Los mayores correctivos sugeridos por los expertos para vencer a las redes terroristas y fortalecer la seguridad nacional de Estados Unidos eran a través del incremento del presupuesto para el Departamento de Estado (87%), de la reducción de la dependencia del país del petróleo extranjero (82%); y de mejorar las capacidades de inteligencia (76%). Para los expertos, la encuesta reveló un dato crucial: el actual sistema de seguridad del gobierno de Estados Unidos era insostenible y debía ser modificado. En este tenor, los retos pendientes para ganar la Guerra contra el Terrorismo se encontraban afuera del ámbito militar y los recursos de la milicia no podían ser la primera opción para los problemas de política exterior. En este sentido, para la mayoría de los expertos la Guerra contra el Terrorismo necesitaba poner más énfasis en la victoria de las ideas que en el triunfo de las armas. Ello parecería sorprendente cuando se consideraba que el 80% de los participantes afirmaban que el rechazo a las ideologías radicales en el mundo islámico era un elemento crítico para la victoria. De ahí que en la guerra de las ideas, Estados Unidos debía dar mayor énfasis a sus recursos no militares.

Más de dos tercios de los expertos opinaron que los *policy makers* debían fortalecer a las Naciones Unidas y a otras instituciones multilaterales, al mismo tiempo que el gobierno de su país debía de pensar de manera más creativa sobre las amenazas y sus riesgos. Cuando se les pregunto a los expertos sobre el elemento de mayor amenaza a la seguridad nacional, cerca de la mitad se inclinó por las cabezas nucleares y por otras ADM, mientras un tercio señaló a AL Qaeda y al terrorismo, y sólo un 4% se refirió a la problemática con Irán.

Los hallazgos de los expertos tenían un correlato con la opinión pública masiva. Después del 11 de septiembre de 2001, los estadounidenses tenían gran confianza en que la Guerra contra el Terrorismo los mantendría a salvo de otro atentado y contribuyera a hacer del mundo un lugar más seguro. Sin embargo, al constatar que también desde 2001 los terroristas han perpetrado ataques en prácticamente los cinco continentes, lo mismo en Balí, Londres o Madrid, la confianza se deterioro. De ahí que las conclusiones del estudio citado señalaban que los esfuerzos del gobierno norteamericano para ganar la Guerra contra el Terrorismo estaban muy lejos de obtener los resultados planeados. El gobierno del presidente Bush y, en todo caso, el próximo presidente tendría que detenerse a considerar

los por menores de una reingeniería en la estrategia por ganar esta lucha. Finalmente, las conclusiones del estudio sobre el hecho de que hoy en día la Guerra contra el Terrorismo del presidente Bush no ha tenido éxito, se reflejaron en los resultados de las elecciones de noviembre pasado.

Una mirada al contexto previo a las elecciones

Desde 2004, los estrategas políticos de Washington sabían que las elecciones intermedias de 2006 serían clave para el proyecto global de gobierno del presidente Bush en donde se incluye la continuación de la lucha en contra del terrorismo internacional. Las elecciones de mitad de término tuvieron lugar en un contexto político complicado en términos internos y externos, así como en una coyuntura económica que mostraba claroscuros, mismos que se convirtieron en las plataformas que influyeron en el sentido de la votación de los electores.

En materia de política exterior, los principales asuntos de la agenda que tuvieron impacto en los electores fueron: la intervención en Irak; la lucha internacional en contra del terrorismo; la problemática nuclear tanto en Irán como en Corea del Norte; la siempre complicada situación en oriente medio que se agravó con los ataques de Israel a Líbano; y los altos precios internacionales del petróleo. En este ámbito, el asunto central siempre ha sido el tema de Irak. Esta problemática ha pasado de tener en un inicio el apoyo casi total tanto de republicanos como de demócratas a contar con un apoyo fragmentado en ambos bandos. Previamente a las elecciones, los republicanos ya no respaldaron en bloque al presidente y los demócratas presionaban por una calendarización definitiva del retiro de tropas de Irak, así como por una estrategia de salida del conflicto. En la agenda de política interior, los principales problemas de impacto electoral fueron los relacionados con la reforma a la asistencia sanitaria; la inmigración ilegal; y la discusión sobre la política impositiva; así como algunos temas estratégicos como el debate sobre la Ley Patriota, especialmente por el programa de intercepciones sin orden judicial para vigilar las llamadas telefónicas y los correos electrónicos entre Estados Unidos y el exterior realizados presuntamente por terroristas.

En el ámbito de la economía, el presidente Bush encontraba una carta a su favor, pues en los últimos 36 meses, la dinámica económica había mantenido un buen ritmo de crecimiento. En este periodo, Estados Unidos había creado

4.6 millones de empleos, lo que disminuyó el índice de desempleo hasta 4.6%, la tasa más baja desde 2001. Comparativamente, la creación de empleo en el país vecino superaba a la de Japón y a la Unión Europea en conjunto. Asimismo, se esperaba que al final de 2006 el Producto Interno Bruto alcanzara un positivo crecimiento entre el 3.2 y 3.4%. El avance en lo económico también presentaba una cara oscura. El déficit fiscal federal se encontraba en los 400 mil millones de dólares; la balanza comercial en 2005 alcanzó los 726 mil millones de dólares, equivalente al 5.8% del PIB y se esperaba que al final de este año se incrementara. El alza en el mercado petrolero influyó negativamente a Estados Unidos por ser el mayor consumidor de crudo del mundo. Adicionalmente, se reitera que el contexto previo a los comicios tuvo lugar en un momento en que la aceptación de la gestión del presidente Bush no su- bía más de los 40 puntos.

Desde una visión de conjunto, la desaprobación de la gestión del presidente, el descontento creciente con la guerra en Irak, la mala impresión popular sobre la conducción de la guerra contra el terrorismo, la debilidad hacia Irán y Corea del Norte, la baja de la aceptación popular sobre el trabajo de los legisladores republicanos y el consenso de otorgar la mayoría parlamentaria a los demócratas, eran algunas de las señales que indicaban la viabilidad de un cambio en el control del cuerpo legislativo. En el mismo sentido abonaban el debate migratorio y las deficiencias de la economía norteamericana.

Los argumentos del cambio y del regreso de los demócratas

A poco menos de tres meses para que se celebraran las elecciones legislativas en Estados Unidos el escenario político de ese país permitía pensar sobre la posibilidad de que los demócratas salieran victoriosos de la contienda y tomaran el control de ambas cámaras del Congreso o por lo menos de una de ellas. Bajo tales circunstancias, el camino de los demócratas no parecía tan complicado y, en todo caso, la expectativa se empezaba a orientar a observar el nivel de pérdida que tendrían los republicanos en el cuerpo legislativo.

Adicionalmente a los argumentos sobre percepciones sociales y sobre el contexto alrededor de los comicios, existían otros argumentos históricos y contextuales que permitían pensar en la viabilidad del triunfo demócrata. Por ejemplo, en la historia electoral de Estados Unidos se consigna que el partido que se encuentra en la Casa Blanca

casi siempre ha perdido el control del Congreso en las elecciones intermedias en el sexto año de una gestión presidencial de dos periodos, aun cuando el presidente goce de amplia popularidad. En 1958, el presidente Eisenhower tenía una aprobación social de 57 puntos y el partido republicano perdió 48 asientos en la Cámara de Diputados. En el contexto histórico, el mejor escenario electoral que se haya registrado con un ejecutivo con popularidad menor a 50 puntos fue en 1978 cuando el presidente James Carter mantenía una aprobación de 49% y su partido solo perdió 15 diputados. Este patrón de comportamiento electoral solamente no se repitió en una ocasión en el siglo pasado. Para los comicios de noviembre, la situación era mucho más complicada para el presidente Bush, pues su popularidad, de acuerdo al *Washington Post* llegó a 33 puntos en mayo de 2006 para en octubre situarse en 36% de aceptación.

El avance de los demócratas

A dos semanas de las elecciones legislativas en Estados Unidos se acentuaban ciertos indicadores que hacían más evidente el pensar que los Republicanos cederían terreno por lo menos en una de las dos cámaras, llegando eventualmente a perder el control total del Congreso. Para muchos en todo caso, el debate parecía centrarse en el nivel de pérdida, pues los demócratas solamente tenían que ganar 15 escaños en la Cámara Baja y 6 en el Senado.

En las dos semanas previas a las elecciones la presencia de los demócratas se fortalecía en estados en donde se disputaba un escaño senatorial. Los estudios revelaban que la presencia demócrata había crecido en Missouri, Tennessee, Virginia, Pennsylvania, Montana, Ohio y Rhode Island, lo que hacía probable que ganaran los asientos necesarios para lograr la mayoría. Otro elemento importante en contra de los republicanos fueron los escándalos de corrupción por parte de representantes Republicanos como fue el caso del ex congresista de Florida Mark Foley envuelto en supuestos contactos sexuales con ex ayudantes adolescentes. Adicionalmente, los analistas coincidían en que las elecciones legislativas las ganaría el partido con mayor capacidad de asegurar que sus militantes llegaran a las urnas, y en ese caso todo hacía pensar que la base electoral demócrata estaría mejor organizada que su contraparte. Un dato más en este escenario, era la base electoral considerada como independiente que oscilaba entre el 15 y 20% del electorado, que de acuerdo a los últimos estudios de opinión mostraba una mayor inclinación por los representantes demócratas.

Con todo, las evidencias que se consignaron en los días previos a la elección no necesariamente significaban que éstas se fueran a traducir en un voto seguro por los demócratas. Sin embargo, sí indicaban que el partido demócrata mantenía una notoria ventaja sobre su contraparte tanto a nivel de percepción social, tratamiento de los problemas nacionales, así como en presencia territorial, lo que llevaba a pensar que podían terminar con 12 años de control republicano en el congreso. No obstante, la victoria no estaba asegurada, pues un triunfo republicano significaría que las políticas conservadoras y el discurso xenófobo podían rendir mayores dividendos que una administración eficiente.

La composición del Congreso y las gubernaturas antes y después de los comicios

Antes de los comicios, en la cámara de Senadores, el partido del presidente tenía 55 escaños, los demócratas 44 y existía un senador independiente. En los comicios habría 33 contiendas senatoriales en donde los demócratas defenderían 18 espacios y los republicanos 15. Los demócratas necesitaban ganar seis de las contiendas para tomar el control del Senado. En la cámara de Diputados la historia era similar, pues los republicanos ocupaban 231 escaños, los demócratas 201, y había un diputado independiente y dos asientos vacantes, uno perteneciente a los demócratas y el otro a los republicanos. En las elecciones se renovaría el total de la Cámara y los demócratas requerían mantener sus posiciones y ganar 16 asientos para tomar el control. Para los analistas, el escenario de victoria del partido demócrata parecía viable, pues en ambos casos el trecho por andar era corto y las circunstancias alrededor de las elecciones eran favorables a su causa. En el caso de las gubernaturas, antes de los comicios 22 estaban en manos de los demócratas y 28 en posesión de los republicanos. En los comicios se disputaron 36 gubernaturas, 14 bajo control del partido demócrata y 22 bajo las riendas del partido republicano. Cabe señalar que desde 1994, los republicanos han mantenido el control sobre la mayoría de las 50 entidades federativas. Finalmente, el martes 7 de noviembre se realizaron las elecciones intermedias en Estados Unidos. Los resultados obtenidos concordaron con las expectativas previstas. En todos los comicios, los ganadores fueron los demócratas; en contraste, el gran perdedor no fue el partido Republicano, sino el presidente Bush.

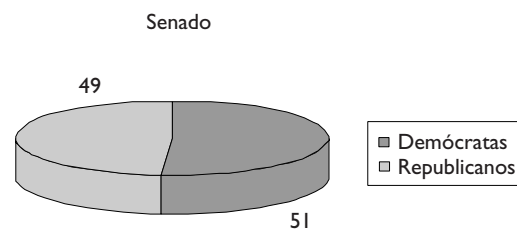
En la contienda por la Cámara Baja los resultados señalaron que los demócratas triunfaron en 230 distritos (13

más de los que requerían) con lo que aseguraron el control de ese órgano legislativo. La victoria demócrata reivindicó a este partido en la Cámara de Representantes después de 12 años y por primera vez el liderazgo de la misma sería asumido por una mujer, Nancy Pelosi, quien entre otras funciones pasaría a ocupar el segundo lugar de la lista como relevo presidencial, sólo detrás del vicepresidente Cheney.

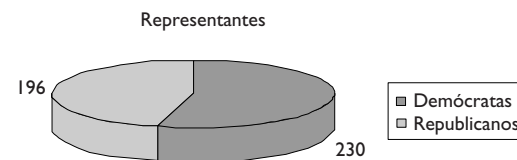
En el Senado antes de la elección, la cámara estaba conformada por 55 escaños de los republicanos, 44 de los demócratas y por un senador independiente. Para ganar el control, los demócratas necesitaban seis victorias. Luego de las elecciones los demócratas alcanzaron el liderazgo de la cámara con 51 escaños por 49 de los republicanos. Entre las contiendas más importantes ganadas por los demócratas estuvieron las de Penssylvania, Ohio, Virginia, Missouri y Rhode Island. En la contienda por las gubernaturas, debe de tomarse en cuenta que antes de la elección, 22 estaban en manos de los demócratas y 28 en manos de republicanos del total de 50. De las 36 gubernaturas en disputa 14 estaban en manos de los demócratas y 22 en poder de los republicanos. Después de la contienda, los números finales marcaron 28 para el partido demócrata y 22 para el republicano, lo que significó que el partido del presidente había perdido 6 estados.

Resultados 2006

Demócratas 51
 Republicanos 49



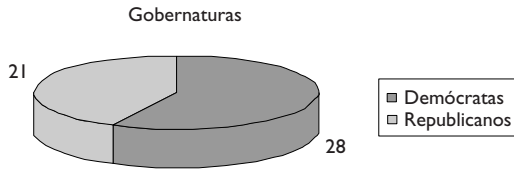
Demócratas 230
 Republicanos 196



• 10 lugares por definir

Resultados 2006

Demócratas 28
 Republicanos 21

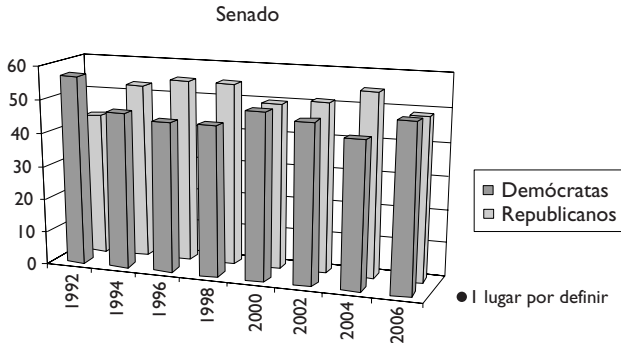


• 1 lugar por definir

Senado

Año	Demócratas	Republicanos
1992	57	43
1994	47	53 + 10
1996	45	55 + 2
1998	45	55
2000	50 + 5	50
2002	48	51 + 1
2004	44	55 + 4
2006	50	49

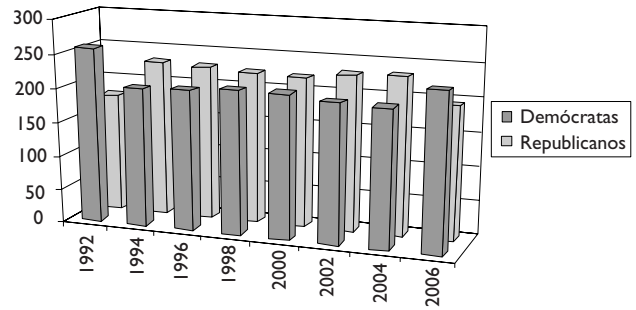
Senado



Representantes

Año	Demócratas	Republicanos
1992	258	176
1994	204	230 +54
1996	207	227
1998	211	223
2000	211	221
2002	204	229 +8
2004	201	232 +3
2006	230	196

Representantes



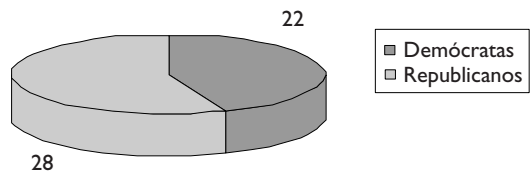
Fuente: The Washington Post.

Gobernaturas

• Antes de la elección

Demócratas 22 Republicanos 28

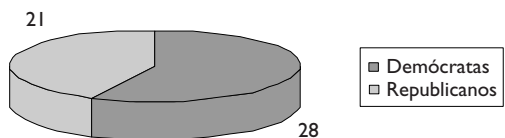
Antes de la elección



• Después de la elección

Demócratas 28 Republicanos 21

Después de la elección



• 1 lugar por definir

Fuente: The Washington Post

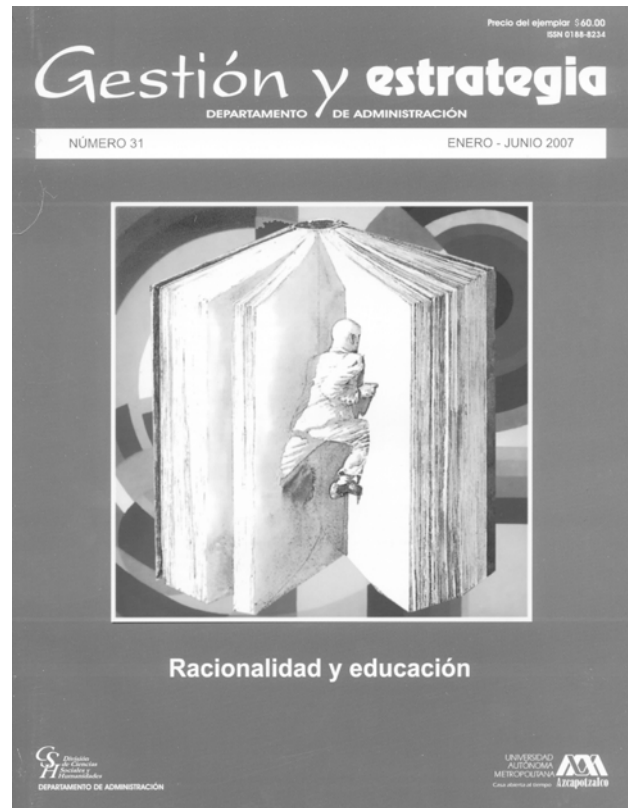
Comentarios Finales

El presidente Bush llegó a la presidencia en 2001 sin haber obtenido la mayoría del voto popular, y en los primeros meses de su administración alcanzó rápidamente altos niveles de desaprobación. Los ataques terroristas del 11 de septiembre llevaron a la población a dar un giro total de percepción hacia el jefe del ejecutivo. Sin embargo, su actuación en general y en especial su incapacidad como líder para estabilizar a Irak, fueron dilapidando su legitimidad hasta niveles históricos poco vistos. El problema de Irak difícilmente terminará pronto ni tampoco con una consolidación política y económica como los estrategas de Washington proyectaron desde los inicios de la intervención.

Los comicios del 7 de noviembre fueron un referéndum que reprobó a la Administración del presidente Bush por sus políticas erróneas en diversas áreas entre ellas la política exterior; así como por la incapacidad del Congreso Republicano para llamarlo a rendir cuentas. Con el triunfo demócrata es muy posible que a partir de enero comiencen a promover cambios en la agenda legislativa, amplíen sus contenidos y confronten al presidente Bush en asuntos centrales de la política exterior como la estrategia en Irak, la lucha contra el terrorismo y la seguridad nacional. En materia interna, se prevé que las prioridades de los demócratas incluyan el aumento al salario mínimo, revisen el gasto sobre seguridad interior; cambien la política energética pasando de la explotación del petróleo y el gas a la de fuentes de energía alternativa, así como la revisión de los recortes al gasto en educación.

La derrota republicana representa una derrota para el proyecto bélico del presidente Bush en Irak y precisamente por ello su derrota adquirió mayor relevancia en virtud de que ese país sigue en medio de un conflicto armado, en donde las presiones internas y externas se agudizan y donde la fortaleza del poder presidencial se torna fundamental para tomar decisiones que finalmente sean las correctas para Estados Unidos. El cuestionamiento ahora, más allá de los resultados electorales es saber si en los dos últimos años de su gestión George Bush podrá recuperar en los hechos la fortaleza que requiere la presidencia para actuar en tiempos de crisis en política exterior o si simplemente el jefe del Ejecutivo terminará su mandato en 2009 con un bajo perfil, dejando a su sucesor, que en estas condiciones bien podría ser una demócrata, una problemática internacional de graves dimensiones con el respectivo descrédito internacional de su gobierno y por haber iniciado una guerra que no terminará en su gestión.

Hasta el momento no existen evidencias que señalen que el presidente recuperará su liderazgo nacional e inter-



nacional, así como la capacidad legítima de tomar decisiones sobre la actuación internacional de Estados Unidos. Por el contrario, las presiones sobre el presidente debilitado se multiplicarán y aparecerán de manera simultánea, lo que indica que difícilmente hoy su gobierno contará con las condiciones adecuadas para tener un desempeño firme en otros asuntos centrales como el de Siria y particularmente en el conflicto con Irán. La pérdida de liderazgo del presidente repercute en el respeto que otras naciones muestran hacia Estados Unidos.

En el proceso electoral de noviembre no sólo estuvo en disputa la continuidad del proyecto personal de gobierno de George Bush, sino también la preservación del poder para su partido las siguientes elecciones. Si bien los resultados de los comicios confirmaron una tendencia de rechazo popular sobre la administración Bush, el triunfo de los demócratas también fue cuestionable en virtud de que su estrategia electoral —que si bien fue efectiva— se centró en criticar a la estrategia de guerra del presidente sin necesariamente ofrecer una alternativa. El triunfo demócrata complica los planes del presidente en los dos últimos años de su mandato, tanto por su cruzada contra el terrorismo internacional como por la aspiración republicana de conservar la presidencia para el 2008.